

4

Persona y mundo en crisis: Las acciones humanas y los horizontes personales desde el personalismo

ÉDGAR JAVIER GARZÓN-PASCAGAZA*

Introducción

Cuando se trata de considerar la estética en relación con la concepción de persona, su realización a través de la acción humana y el desarrollo de sus horizontes personales, y cuando esta discusión se ubica en el contexto del siglo XXI —que, ciertamente, es un mundo en crisis—, de suyo se imprime la necesidad de preguntarnos cómo se entiende —y si se entiende— el problema de la estética en nuestros días, y si al ser relacionada con la concepción de la persona, se hace diáfana, comprensible y comunicable la idea de la persona como obra de arte, sin confundirla o justificarla desde una perspectiva ética o moral asociada al contenido de las acciones humanas o el juicio que se pueda emitir sobre ellas.

Las acciones, realidades y situaciones que aparecen en el día a día dan cuenta de una vivencia de la realidad personal en cada uno de los episodios de la existencia donde se reclama constantemente la ausencia de condiciones estéticas (razones, emociones y formas) que manifiesten, en términos de la historia que nos determina, la realidad de la persona como obra de arte. Desde autores como Martha Nussbaum, Alejandro Poli y José Antonio Marina es posible profundizar en

* Magister en Investigación Social Interdisciplinaria por la Universidad Distrital Francisco José de Caldas; profesional y licenciado en Filosofía. Profesor-investigador de la Universidad Católica de Colombia; miembro del grupo de investigación *Philosophia Personae* en la línea Antropología Filosófica para el proyecto 'La investigación en Antropología Filosófica' de esta misma universidad.



reflexiones personalistas acerca de la felicidad, la inteligencia, los sentimientos, la acción humana y los horizontes personales, como la identidad, la incertidumbre, la trascendencia y el arte. El texto se compone de tres partes, a saber: el reconocimiento de que habitamos un mundo en crisis, el cultivo de la persona como una posibilidad estética, de búsqueda de la belleza como camino que permita afrontar tal crisis, y un apartado final a manera de conclusión.

Determinación inicial: habitamos un mundo en crisis

A partir de la definición ofrecida por Max Scheler, el hombre es un ser ubicado en el mundo. Recordemos que tal definición no se limita exclusivamente a la condición de *estar* en el mundo, sino que implica la manera como su presencia o su estar determinan —afectan— el modo de estar en el mundo; se trata, al parecer, de una consideración *sine qua non* el mundo habitable no sería lo que es si no es determinado, de hecho, por cada uno de nosotros.

En el mundo en el que estamos ubicados nos asaltan diversidad de preocupaciones; nos hallamos en una contrarreloj constante por lograr a toda costa una serie de retos para estar a la altura de las necesidades y los requerimientos propios de nuestro contexto: la adquisición de bienes de consumo de todos los órdenes que nos permitan ser incluidos en la selecta lista de los elegidos, en cuestiones que van desde conseguir un reconocimiento hasta tener lo último en tecnología.

Tales cuestiones no podrían ser juzgadas como buenas o malas, porque de plano no correspondería valorarlas desde tales horizontes. Quizá la inquietud en cuestión corresponde a indagar qué tanto alejan o acercan al hombre de sí mismo —y de los otros—, y si estar a la vanguardia a costa de estar en contra de sí mismo corresponde a la resolución de las cuestiones fundamentales acerca del sentido de la existencia y de la vida, la pregunta por la felicidad, la realización humana, el desarrollo de las potencias y facultades, la relación con los otros y con lo otro —todo lo que nos rodea y que parece invisible—; o si, por el contrario, son las justificaciones que hemos convertido en necesarias para evitar el enfrentamiento como nuestros propios miedos y temores, responsabilidades y

cargas, ataduras y cadenas que observamos, a nuestro pesar y despecho, en la realidad que nos circunda.

Nussbaum (2010), citando al ilustre pedagogo Rabindranath Tagore, nos recuerda: “Al hacer uso de las posesiones materiales, el hombre debe tener cuidado de protegerse frente a la tiranía de ellas. Si su debilidad lo empequeñece hasta poder ajustarse al tamaño de su disfraz exterior, comienza un proceso de suicidio gradual por encogimiento del alma” (p. 19). En torno a ello, nos ofrece algunas pistas de reflexión en torno a esta primera cuestión que ella ha denominado como “la crisis silenciosa”: “Estamos en medio de una crisis de proporciones gigantescas y de enorme gravedad a nivel mundial. [...] En realidad me refiero a una crisis que pasa prácticamente inadvertida, como un cáncer. Me refiero a [...] la crisis mundial en educación”.

Este punto es explicado en su libro *Sin fines de lucro* a partir de los cambios drásticos en el contenido de lo que se enseña, ante todo porque estos no fueron pensados desde un análisis profundo, sino en la clave de un sistema que, sediento de dinero, descarta una serie de aptitudes¹ necesarias para matener vivo el papel del hombre en el mundo, y que no lo sometan a la determinación de ser *máquinas utilitarias* como única condición de vida posible, dado que “en casi todas las naciones del mundo se están erradicando las materias y las carreras relacionadas con el arte y las humanidades” (Nussbaum, 2010, p. 20).

Esta crisis podemos mencionarla como una que contiene como primera evidencia una crisis de pensamiento. “Un pueblo que piensa es un pueblo peligroso”: la ausencia de formación de grandes y chicos gana gran terreno y a grandes velocidades en la mente y el corazón de padres e hijos; aspectos que propicien la imaginación, el rigor y la disciplina en el pensamiento crítico son desterrados para instaurar acciones de gran rentabilidad y a corto plazo, por medio del cultivo de capacidades utilitarias y prácticas, que propicien rentabilidad, ganancias, adquisición de riquezas y aumento de capital.

.....
¹ La filósofa estadounidense nos convoca a pensar en tales aptitudes: la capacidad de pensar por sí mismos, la posesión de una mirada crítica sobre las tradiciones y a comprender la importancia de los logros y los sufrimientos ajenos.



Atañe entonces mencionar otros referentes particulares que ahondan la identificación de ese mundo que habitamos y que percibimos en crisis², y que da cuenta de la pobre condición estética en el hombre de nuestro tiempo: la relación con el ambiente cuya evidencia radica a partir de los niveles de contaminación que sobrepasan los niveles de absorción; el resurgimiento de la xenofobia y el racismo; la discriminación constante; la sed desbordada de poder que desemboca en una corrupción sin límite; el culto exacerbado al cuerpo; la desarticulación del concepto y la vivencia de familia; el exceso de información que conduce al universo de la superficialidad; la instauración de valores *fashion* cuya validez depende de la temporalidad de lo que se encuentre de moda; el desconocimiento de la historia mundial, nacional y local; el miedo al encuentro consigo mismo; el sincretismo religioso; la aparición de categorías como metrosexualidad (cuidado excesivo de la imagen) o tecnosexualidad (la vanguardia en la adquisición y el uso de los últimos lanzamientos tecnológicos); el ultrapoder de los medios de comunicación; el desprecio por la historia personal, por la aceptación de la corporalidad, de la genealogía; la erradicación del honor y de los códigos que ello imprime; el miedo constante, la angustia, la desesperación; el individualismo, el egocentrismo, la egolatría y el ensimismamiento; la presencia y dependencia exacerbadas de enfermedades contemporáneas como el estrés y la depresión; el rechazo al rigor, a la disciplina, a la responsabilidad, a la formación del carácter y del buen juicio o a cualquier estilo de formación que exija constancia, sacrificio, perseverancia; el deseo de una vida fácil que no imprima esfuerzo, reglas, disposiciones; el rechazo a las diferentes formas de compromiso; la vida contrarreloj en la condición de una prisa constante, etc.

En este orden de ideas, nos encontramos habitando un mundo que nos reta, que nos desafía. Las condiciones están dadas para que, desde diferentes orillas, se ofrezcan discusiones de distintos órdenes que permitan detenerse un instante al menos para preguntarnos por lo que está pasando: si se trata de un fenómeno nuevo o si consiste en la expresión de un gigante que se nos presentó sin estar equipados para la confrontación:

.....
2 Dentro de las diferentes definiciones que se encuentran acerca de esta palabra, rescatamos las siguientes que corresponden al *Diccionario de la lengua española*: “3. Mutación importante en el desarrollo de otros procesos, ya de orden físico, ya históricos o espirituales. 7. Situación dificultosa o complicada” (Real Academia Española, 2017).

Entonces, antes de poder elaborar un plan para el futuro [...] necesitamos entender los problemas que afrontamos, [...] por eso, en última estancia necesitamos emular a Gandhi y adentrarnos en las profundidades de la psiquis individual para interrogarnos acerca de qué podemos hacer a fin de que la comprensión y la empatía le ganen la batalla al miedo y al odio. (Nussbaum, 2010, p. 70)

La autora nos dirá que parte de la solución a muchas de las situaciones que determinan el mundo que habitamos implica reconocer que los seres humanos no se comportan adecuadamente a partir de tres situaciones: a) cuando no se sienten responsables por sus actos, b) cuando nadie manifiesta una opinión crítica y c) cuando los otros seres sobre los que se tiene poder se encuentran deshumanizados y han perdido su individualidad.

Ante esto, la filósofa estadounidense propone recuperar la escuela y su papel en la formación de los seres humanos como posibilidad de reconquistar la belleza del hombre, la condición de que su vida sea una obra de arte:

[Esto es] uno de los factores que influyen en la mente y el corazón del niño durante su crecimiento. En efecto, la labor de superar el narcisismo y desarrollar el interés por el otro debe realizarse en gran parte dentro de la familia. Las relaciones que se dan en el marco de la cultura de pares también desempeñan una función importante. (Nussbaum, 2010, p. 73)

El papel de la escuela y de la educación será el de reforzar todo lo que se haya logrado en la familia; de allí la importancia de considerar si la manera de educar corresponde a las necesidades y realidades de cada tiempo, y si en este ejercicio, los contenidos, modelos y métodos conducen a la posibilidad de realizar nuestra vida en condiciones del reconocimiento de sí, de los otros y de la realidad circundante (la responsabilidad por los actos), en la clave de hacer de nuestras vidas, verdaderas obras de arte que, en condiciones de interacción, nos procuran condiciones de vida determinadas por la belleza de nuestros pensamientos, palabras y obras.

Lo anterior implica un particular reto: que la escuela pueda desarrollar la capacidad para que cada quien pueda ver el mundo desde la perspectiva del otro: “Antes de juzgar mi vida o mi carácter... ¡Ponte mis zapatos, recorre el camino que he



recorrido, vive mis penas, mis dudas, mis risas! ¡Recorre los años que he recorrido y tropieza ahí dónde tropecé, y levántate así como yo lo he hecho!”³. A su vez, también ha de formarse la actitud del sujeto frente a la debilidad y la impotencia en relación con determinadas situaciones, no como manifestación de indignidad, sino como características propias de la condición humana que pueden propiciar la cooperación, el trabajo en equipo, la reciprocidad y la ayuda mutua. Señala Nussbaum (2010) en este sentido:

Del mismo modo, la escuela y su proceso formativo permite que los seres humanos, luego de los procesos de formación, demos lugar a un interés genuino por los demás, [...] socavar la tendencia de alejarse de las minorías por considerarlas inferiores o contaminantes, [...] enseñar contenidos reales y concretos sobre otros grupos raciales, religiosos y sexuales o sobre personas con capacidades diferentes, a fin de contrarrestar los estereotipos y la repugnancia que suele acompañarlos, [...] fomentar el sentido de responsabilidad individual tratando a cada quien como un agente responsable de sus actos, [...] y promover activamente el pensamiento crítico, así como la habilidad y el coraje de expresarlo, aunque disienta de los demás. (p. 75)

Aunque se trata de una apuesta muy “ambiciosa” y un tanto devaluada, el reto consiste en una apuesta de carácter filantrópico. Ante el pesimismo con que se puede definir la realidad, con expresiones tales como “aquí no hay nada para hacer”, o bien, “esto no mejora ni siendo creado de nuevo”, una salida ante el mundo que habitamos en condiciones de crisis puede asentarse, con bastante propiedad, en la educación de hombres y mujeres como condición de posibilidad para encontrar en cada quien y en clave estética la riqueza del pensamiento, la expresión de la fuerza vital y las formas de leer y compartir la propia vida, a partir del conocimiento de los problemas sociales, de los recursos de cada lugar, de las circunstancias y las realidades en las cuales cualquier acción sea determinada por la belleza, por la experiencia sublime de la vida, de nuestro ser personal⁴.

3 Esta entrada fue publicada el 4 septiembre de 2011 en el blog Libertad, con el título “Antes de juzgar mi vida o mi carácter...”. Véase este enlace: <http://debbiel608.wordpress.com/2011/09/04/antes-de-juzgar-mi-vida-o-mi-caracter/>

4 San Vicente de Paúl (1981), en su regla para la congregación de la misión, Sociedad de Vida Apostólica por él fundada, afirma: “La ciencia nos es absolutamente necesaria para gobernar bien; pero cuando en un mismo sujeto se encuentra a la par la ciencia, el espíritu de gobierno y el buen juicio, entonces, ¡oh Dios mío!, ¡iqué tesoro! [...] No siempre es preciso considerar la vejez para el gobierno, pues a veces hay jóvenes con más espíritu de gobierno que muchos viejos y ancianos.[...] Fijaos, un hombre con mucho juicio y mucha humildad es capaz de gobernar”.



El cultivo de la persona como posibilidad estética: la persona como obra de arte

Ante el panorama definido por una serie de nombres y realidades que comprometen el *modus vivendi* del hombre en un mundo que debería encontrarse pintado con la paleta del paraíso y que, en contraste, no cumple a primera vista con tal caracterización, se complica la manera de leer este mundo en el que nos hallamos y de considerar nuestra condición de persona.

En este orden de ideas, cabe preguntarnos: ¿qué nos queda?, ¿cuál es la esperanza de vida?, ¿en qué dirección avanzamos?, ¿con qué recursos contamos?, ¿qué fuerzas nos acompañan? En su texto *La riqueza de las personas*, Poli (2002) ofrece algunas pistas de reflexión para tomar en consideración el problema del cultivo de la persona desde la clave estética. Para comenzar, el autor refiere una serie de características que son denominadas *horizontes personales*, los cuales se convierten en preguntas fundamentales que el ser humano ha de plantearse como desafíos y propuestas ante su propia vida y ante su realización personal.

En primer lugar, la realidad nos rodea con un futuro sin rostro; sin embargo, ante tal encrucijada, asistir al milagro de vivir nuestra propia vida es la única posibilidad reservada a cada hombre y mujer, y que luego se entrelaza con una faceta decisiva: nos corresponde vivir esa vida estrechamente vinculada a un medio social, que nos impone restricciones y facilidades para que nuestro desarrollo como personas llegue a feliz término. El descubrimiento aparece como horizonte inicial, la capacidad que tiene el hombre para *declarar* su riqueza y la riqueza de todo lo que le rodea. Como la vida no es sencilla y no hay un libreto que nos indique como asumirla, la realidad se convierte en nuestra mejor maestra, y el ámbito donde sea alumbrada esta vida requiere que nuestra sensibilidad y nuestra racionalidad estén dispuestas a considerar, valorar y estimar nuestra presencia, la de los otros y de lo circundante en un mundo que, a pesar de las vicisitudes, posee una belleza que está por revelarse.

Se trata de descubrir que “ese extraño acontecimiento de hallarnos viviendo a la fuerza, sin conocer de dónde venimos, es el primer principio de la filosofía⁵.”

.....
⁵ Así lo refiere Aristóteles: “Pues los hombres comienzan y comenzaron siempre a filosofar movidos por la admiración” (*Metafísica* 982, B13, citado en Poli, 2002).



Del colosal asombro que nos provoca nacen todas las meditaciones sobre nuestro destino” (Poli, 2002, p. 24). *Thaumazein*, ‘asombro’: disposición del alma que nos permite descubrir que aunque desconozcamos el origen de nuestra existencia o no tengamos todas las certezas sobre este, sorprendernos con la belleza que de suyo nos define, con la perfección que nos ha sido otorgada, con las potencias que nos pertenecen, se convierte en un primer ejercicio de apreciación estética, de contemplación por las formas que nos definen: nuestra condición finita y la fascinación por hacernos perpetuos, la comunión con nosotros mismos y la auto-crítica, el éxtasis que nos provocan ciertos eventos de la realidad, la conmoción o el aturdimiento sin respuestas, la magia de las esencias que nos rodean, la preocupación ante tantos y diversos enigmas...

Ante tanta fascinación, también podríamos ser embargados por la vanidad y desbordarnos por el engrheimiento:

Las palabras que expreso en la desgracia son palabras de despecho: mi coraje se eriza en lugar de aplastarse. Y, al revés que los demás, me encuentro más devoto en la buena que en la mala fortuna [...] y alzo más gustoso los tiernos ojos al cielo para agradecerle que para pedirle. Me esmero más en aumentar la salud cuando ella me sonrío, que en recuperarla cuando la he perdido. Las prosperidades me sirven de disciplina y de instrucción, como a los otros las adversidades y los azotes. Como si la buena fortuna fuese incompatible con la buena conciencia, los hombres no se tornan gentes de bien sino en la mala. La dicha es para mí un singular acicate de la moderación y la molestia. La plegaría me gana, la amenaza me repele; el favor me doblega, el temor me endurece. Entre las condiciones humanas, esta es bastante común: que nos gusten más las cosas ajenas que las nuestras y amar el movimiento y el cambio. (Montaigne, 2006, pp. 9-10)

Una revolución personal aguarda por nosotros. Aun si la vanidad nos embargara, este primer horizonte, el descubrimiento, nos permitirá develar que somos lo que somos por el acto de conocer —somos conociendo, descubriendo— y al parecer estamos en el mundo por un acto de amor que nos permite saborear la vida, que no es otra cosa que considerar el buen vivir, procurar *saber vivir bien*, con la finalidad de apreciar el gozo placentero de la realidad: “Este, y no otro, es el temple de vida adecuado para el personalismo” (Poli, 2002, p. 341).

Descubrimos que estamos, pero que podríamos no estar. Este gran descubrimiento, el estar, es el primer signo de la riqueza y la belleza personal: estamos

y somos, y por la facultad del conocer, *somos conociendo y estamos viviendo*, pese a nuestra fragilidad y contingencia. Este acto de descubrimiento afirma nuestra riqueza —nuestra condición estética—, que no depende entonces de las circunstancias en que hemos nacido, sino de nuestra esencia, de lo que somos y de lo que esa condición de ser y estar nos permite conocer y descubrir, porque con ello poseemos la oportunidad de acceder a toda la realidad y adaptarla a criterios de realización en los que reconocemos que no hemos hecho la labor correspondiente a nuestra riqueza, en la medida en que es posible que nuestra vanidad haya sido más grande que nuestra inteligencia.

Ahora bien, a este mundo que descubrimos y guarda nuestras improntas le hemos dado nuestro toque: tiene nuestra identidad. Se trata entonces de una condición *sine qua non* el mundo que habitamos no sería lo que es, aunque en tal determinación haya grandes rastros de desastre e infortunio. Hemos colocado en él lo que somos, nuestra personalidad, la cual se hace explícita en los actos, a partir de los cuales se debe la forma de la realidad. Se trata entonces de la manera como cada ser humano asuma la conciencia de sí mismo y del lugar que está determinando. Cada una de las improntas, de las huellas que vamos dejando y a partir de las cuales la realidad va tomando la forma que imprimimos, se consolida en la memoria, en multiplicidad de percepciones distintas, unidas entre sí por diversas relaciones y acontecimientos que se dan en el tiempo y que permiten narrar en diversos intervalos de tiempo y a distintas generaciones cómo ha sido ese trasegar por el mundo que nos ha sido dado y del que también depende nuestro ser, nuestro existir. “Memoria y olvido son como la vida y la muerte. Vivir es recordar y recordar es vivir. Morir es olvidar y olvidar es morir”, sentencia la máxima del escritor, compositor y filólogo inglés Samuel Butler.

De este modo, en la identidad que le propiciamos a la realidad nos adentramos en intimidad con ella, nos aislamos de toda realidad y a la vez nos acercamos, corremos tras la posibilidad de asentarnos en nuestro propio yo, pues el proceso de identificación de sí mismos y de la realidad que determinamos sería el resultado de nuestra evolución biológica y de posibilidad biográfica de relatar lo que somos



y lo que hemos hecho del mundo que nos ha sido dado: resultado maravilloso, terrible y misterioso; quizá sea lo que más nos contraste ante la condición estética que hemos generado con nosotros mismos y la que le hemos impreso o impuesto a nuestra realidad.

Aparece entonces el horizonte de la incertidumbre: ¿qué hemos hecho?, ¿hemos fracasado o triunfado en esta labor de darle forma a lo que ya la tenía?, ¿esta nueva forma atenta contra la realidad originaria o debemos esperar un poco más para justificar la forma que hemos impreso? La concepción de libertad y su ejercicio se somete a este horizonte. El acto libre no parece una opción; al contrario, su carácter es impositivo, y luego de allí, transformado por nosotros mismos para darnos algo de consuelo, pero lejos de ser tal acto. Lo que nos fue impuesto, se nos salió de las manos, y al no saber cómo manipularlo, generamos reglas y nos ajustamos a ellas para poder justificar nuestros actos; pero ello no supera la incierta realidad: nos hallamos en un mundo que no comprendemos, pero que hemos manipulado a nuestro antojo.

Ahora bien, la realidad de ese mundo y nuestro lugar en él es incierta. Y ¿si un día no nos resiste más? El 22 de diciembre de 2012 enfrentamos algo de preocupación ante ese evento. No se acabó nuestro mundo, pero la incertidumbre tampoco. Que no se haya cumplido una profecía ni superado la zozobra no significa que haya quedado todo claro en el modo en que nuestra relación con el mundo que descubrimos, y al que le proveemos algo de identidad, sea explícita en el tiempo y en el espacio. “La incertidumbre no es simplemente ‘no saber’ en el sentido de ignorar, sino un concreto *no saber a qué atenerse*” (Poli, 2002, p. 57).

La formación que se ofrezca a cada persona ha de proveer un deseo de certidumbre, de verdad. Por ahora tenemos la certeza de reconocer que nuestros pensamientos, palabras y obras han implementado en el mundo ausencia de belleza y que se requiere un retorno a sí mismos, a nuestra capacidad para reconquistar y restablecer el orden que hemos desconocido e ignorado, pues como dice Poli (2002), “verdad es, por consiguiente, en primer lugar, un estado en que nos encontramos cuando sabemos a qué atenernos; y en segundo lugar, aquello que nos hace recobrar la seguridad y la certidumbre perdidas” (p. 59). A diferencia de los animales,

que tienen la capacidad de reaccionar acertadamente a los estímulos de su entorno, las personas nos acostumbramos fatalmente a vivir en un contexto demarcado por la incertidumbre, producida por lo que no está presente ni dado, por lo ajeno, lo oculto, que amenaza con sucumbir a la capacidad de pensar que se encuentra amenazada por una constante zozobra, amedrentada por la angustia, el dolor, la culpa.

Hemos impreso un cambio, que aunque es el motor que impulsa el descubrimiento y la identidad, se nos salió de control: es un canje acelerado, vertiginoso, indómito, que somete bajo presiones de toda índole nuestro paso por el mundo. Ante el descuido y el olvido del silencio, el reposo, el encuentro consigo mismo, el recogimiento espiritual y la ascesis, la condición pensante entró en desvarío. Como la polilla en la noche, que no sabe la dirección hacia dónde dirigir su vuelo, el sometimiento a un cambio sin control ha desviado nuestro rumbo, ha cambiado el horizonte, ha trazado rutas insospechadas de navegación. Esa vertiginosa transformación hace que se reconozca un problema propio del hombre contemporáneo: el desconocimiento de la tradición, de la historia, de la riqueza y la belleza de los días aciagos. Y entonces se hace urgente encontrar una respuesta a sus angustias: el regreso a sí mismo tiene al menos una ruta clara en la experiencia y el saber que se deposita en los ancestros, en los mayores. Allí reside una clave para restituir la belleza del mundo y la belleza de sí mismo: quizá la innovación no siempre siembra seguridad, sino más bien incertidumbre (Bauman, 2007, p. 18).

A modo de conclusión

La reflexión metódica sobre la vida no ocupa una porción central de las preocupaciones del hombre corriente y contemporáneo, lo que de plano parece constituir una especie de apatía espiritual que hace que lo problemático de esta reflexión esté reservada a una muy variada pero escasa “fauna intelectual”; por ende, la tarea que nos ocupa es un desafío, un reto, una osadía: se trata de reconocer que, como decía Bernardo de Chartres, somos como enanos en hombros de gigantes, tenemos las posibilidades para ver más y más lejos, no por nuestra condición física, sino sencillamente por ser levantados por encima de su gran altura. Hemos de sobreponernos a las diferentes circunstancias que podemos



observar, a las que dediquemos tiempo, silencio, reflexión, puesta en común, discusión, por medio de análisis y propuestas que ofrezcan claridad para proveer de luz o embellecer las distintas realidades del mundo y del hombre, oscurecido por una incertidumbre evidente y rampante.

“A la gente le gusta sentir. Sea lo que sea”, escribió Virginia Wolf en su diario. Hay que darle la razón y escandalizarse después de habérsela dado. ¿Cómo vamos a desear sentir en abstracto, acriticamente, al por mayor, cuando sabemos que algunos sentimientos son terribles, crueles, perversos o insoportables?” (Marina, 2009, p. 9). Una de las evidencias de la crisis en la persona y en el mundo parece tener centro en el manejo de los deseos, los sentimientos y las emociones. Nos define una profunda contradicción en este tema: “Queremos estar simultáneamente satisfechos e insatisfechos, ensimismados y alterados, en calma y en tensión” (p. 9).

Es necesario conocer el reino de los sentimientos, de los deseos, de las emociones, porque con ellos, según Marina (2009), “percibimos lo interesante, lo que nos afecta”. Es un terreno inhóspito que ha de conquistarse, dado que siempre nos informarán algo sobre nosotros mismos y sobre el mundo en que vivimos. La poesía, la música, la literatura nos dan pruebas de su dulzura y también del sabor contrario; son realidades que nos provocan, que nos llaman desde afuera y desde adentro, que nos permiten vincularnos o romper lazos, pero, al fin y al cabo, reconocer y nombrar las realidades y los sucesos que nos determinan.

Afirma Marina (2009) que “Juan Luis Vives clasificó los afectos, estudió su dinamismo, escribió incluso una teología de las emociones, pero, sobre todo, las describió. El hombre, dijo, es ‘un animal difícil’. A diferencia de los animales, los humanos se hacen ‘intolerables a los otros y encuentran a los otros intolerables’. Los afectos se ocupan de ellos” (p. 18). Según este autor, los sentimientos, los deseos, las emociones y los afectos tienen vida y energía propias, y los escritores, desde su categoría de expertos, dan cuenta de que son fenómenos históricos: en el caso de la tragedia griega, encontramos que su papel determina el desenlace de pasiones violentas, y estos, trasladados a episodios de nuestra cotidianidad, pueden forzar al hombre a comportamientos que le son ajenos;

un ejemplo de ello se encuentra entre los románticos, que toman la melancolía como una droga y la beben en grandes tragos.

En este orden de ideas, se requiere en nuestro análisis de un mundo en crisis, el estudio de los deseos, los sentimientos, los afectos y las emociones, porque nos permite introducirnos en la compleja “maquinaria” de la subjetividad para un balance de nuestra situación que estos nos pueden proveer; balance en el que intervienen el estado físico de nuestro ser y del mundo que determinamos y habitamos, el desarrollo de deseos y proyectos, nuestro sistema de creencias y experiencias presentes y pasadas.

Una preocupación que salta a la vista es el problema de cómo conquistar algún tesoro que nos embellezca. Quizá una respuesta a ello es la búsqueda de la sabiduría: “¿Qué es la sabiduría? Es la felicidad en la verdad o ‘el gozo que nace de la verdad’” (Comte-Sponville, 2001, p. 17). Se trata de reconquistarnos: quizá no es que estemos perdidos, sino que estamos ensimismados como un niño en una heladería, olvidado de sus deberes por la ensoñación del sabor del helado favorito; consiste en una tarea de vivir constantemente y de no olvidar hacerlo.

Comte-Sponville (2001) nos dirá: “¿Aprender a vivir? De acuerdo. Pero entonces no podemos evitar el verso de Aragón, bellamente popularizado por Brassens: ‘El tiempo de aprender a vivir ya es demasiado tarde’” (p. 25). Y como decíamos, una vez estudiado y comprendido el deseo, partir de allí. O como decía Spinoza (1969): “El deseo es la esencia misma del hombre”. Y la felicidad, la sabiduría son deseables de manera absoluta, procurando siempre buscarlas, siempre desearlas sin agotarlas, para no anularlas con la realización del deseo. En suma, se trata de buscar la máxima condición estética: la comprensión del mundo y su realidad, en clave de la sabiduría, en clave de la felicidad.

En este orden de ideas, al preguntarse por la naturaleza de la persona como obra de arte, surgen inmediatamente estas preguntas: ¿qué papel desempeña el deseo en la construcción de la realidad personal, en su elevación estética como obra de arte?, ¿cuál es el papel de la vanidad en esta consideración?, ¿qué rol tiene el cuidado de sí?, ¿cuáles son los aportes de la formación, de la edu-



cación?, ¿es la manifestación del pensamiento, la realización de las acciones, la discursividad o el razonamiento lo que constituye a una persona como obra de arte?, ¿acaso es su legado, las improntas que deja al fin de sus días?, ¿se trata de una condición estética solamente exterior? Y si no, ¿cómo se concibe la interioridad del ser personal y su exterioridad en la clave de un mundo en crisis? Y la clave de la filosofía personalista, ¿qué papel desempeña la idea de procurarnos “un mundo mejor, más armónico, de mayores y mejores oportunidades”? Y en este contexto, ¿la realidad de la persona como obra de arte se afirma como un simple supuesto o se determina como nuestra realidad, aunque por contexto no se haga evidente en todas sus manifestaciones?

Estos y otros interrogantes quedan entonces como posibilidad de reflexión ante la crisis y la interrogación personal, que posiblemente también es reflexión de muchos de nosotros.

Referencias

- Bauman, Z. (2007). *Tiempos líquidos*. Barcelona: Tusquets.
- Comte-Sponville, A. (2001). *La felicidad, desesperadamente*. Barcelona: Paidós.
- De Montaigne, M. (2006). *De la vanidad*. Buenos Aires: Ariel Dilon.
- De Paúl, V. (1981). *Constituciones y estatutos*. Zaragoza.
- Marina, J. A. (2004). *Crónicas de la ultramodernidad*. Barcelona: Anagrama.
- Marina, J. A. (2008). *La inteligencia fracasada*. Barcelona: Anagrama.
- Marina, J. A. (2009). *El laberinto sentimental*. Barcelona: Anagrama.
- Nussbaum, M. (2010). *Sin fines de lucro*. Madrid: Katz.
- Poli Gonzalvo, A. (2002). *La riqueza de las personas*. Buenos Aires: Corregidor.
- Real Academia Española (2017). Crisis. Recuperado de <http://lema.rae.es/drae/?val=crisis>
- Spinoza, B. (1969). *Ética*. Buenos Aires: Aguilar.